

**Contra Córdoba, historias mínimas,**

Diego Tatián, Prólogo de María Teresa Andruetto. Córdoba, 2016, Caballo negro editora

Guillermo Ricca

UNRC

Tuvimos noticias de la hipótesis central de este libro por una entrevista de la agencia Télam a Diego Tatián, el 18 de agosto de 2015. La cita de la *elegía* de Gonzalez Tuñon a Deodoro Roca que reafirma intensamente el juicio de Sarmiento en el *Facundo* sobre la inercia conservadora de una ciudad hecha de “nichos con espectros feroces”, de “ventanas ciegas”, de “antiguos muertos con levita” y “retratos al óleo de antiguos muertos con levita” había sido utilizada por Diego en un luminoso prólogo a una muy cuidada edición de un puñado de textos de Deodoro Roca, realizada junto a Guillermo Vázquez, en 2007, bajo el título *Escritos sobre la Universidad*. Luego supimos, por una conversación con Pablo Dema, que Alejo Carbonell proyectaba un libro con Diego Tatián a partir de esta tesis/ensayo, para una colección de su sello *Caballo negro*. Diego la formula así en la página 13 de *Contra Córdoba*: “La expresión ‘contra Córdoba no expresa ninguna denostación personal, quisiera más bien enunciar una hipótesis cultural, una pequeña teoría de Córdoba según la cual la historia cultural de la ciudad aloja un conjunto de experiencias contra Córdoba, o al menos a pesar de Córdoba, que no componen un recorrido, ni una tradición sino más bien una secuencia de singularidades sin orden cuyo sentido se obtiene de lo que enfrentan: un conservadurismo vuelto naturaleza que impide lo que nace y sobrevive finalmente a todo lo que se rebela. ‘Cordobesismo’ es el nombre reciente de esa persistente ciudad con ‘arañas nocturnas hilando infamias’”<sup>1</sup>.

La figura y los textos de Deodoro Roca convocan desde hace tiempo la reflexión de Diego Tatián. Su *espectro* ronda insistentemente por varias de las treinta y siete *aguafuertes fantológicas*—volveré sobre el género en cuestión—que componen el libro y, de hecho, voluntariamente o no, aquella dedicada a la figura y a la prosa de Deodoro, ocupa, *in media res*, el centro del volumen. La anterior, como una presentación de un texto dentro de otro texto— forma enunciada en la primera secuencia del libro—imagina un diálogo entre Deodoro y Raúl Barón Biza en el legendario sótano de la casa de calle Rivera Indarte. Ya el prólogo de María Teresa Andruetto indica que aquello que el lector tiene en sus manos es un libro *sin tiempo*, compuesto de *exquisitas aguafuertes*. También allí se sugiere que el sótano de la casa de Deodoro es quizás la figura del *sótano mismo de la urbe*. Sabemos de la pasión de Diego por la lectura de Borges; lectura cuyo legado más visible es un maravilloso libro sobre un Borges impolítico: *La conjura de los justos*. Por qué no pensar que en ese sótano de la casa del autor del *Manifiesto Liminal* también existe una especie de *Aleph* que, en este caso, condensa aquellas historias que la cultura oficial y conservadora de superficie, tallada en el apego a una lengua muerta, quisiera sepultar en el olvido y que allí encuentran la ocasión para una forma impolítica de sobrevivencia en una suerte de *cita secreta entre generaciones*, como nuevos/viejos conjurados. En este sentido, las historias mínimas que componen este libro, no lo serían tanto por su carácter episódico o por ser “acontecimientos mínimos que nunca prosperan”, sino también por constituir figuras que, como las imágenes dialécticas, *resplandecen en momentos de peligro*, como sugiere Diego en alusión a las *Tesis sobre el concepto de historia* de Walter Benjamin. Tal vez pueda leerse el adjetivo *mínimas* en cierto relieve de la *Minima Moralia* de Adorno, cuyos fragmentos se proponen como *reflexiones desde la vida dañada*. No es de ninguna manera caprichoso el vínculo entre la condición de exilio que, para Adorno, se cierne sobre la escritura filosófica y literaria y los nombres que enhebran estas historias. Y es por eso que el género de estos textos que según el *Post Scriptum* no se acomoda a la investigación historiográfica y tampoco al tipo textual académico, sería más próximo a la *hauntology* abierta por Derrida en *Espectros de Marx* (p.159). Sin embargo, el género en cuestión transgrede el *aguafuertismo* para anudar la potencia de un pensamiento en el que otra historia de Córdoba, a contrapelo de la dominante, pueda ser narrada. El autor da cuenta de su afinidad con la figura arendtiana del “buscador de perlas”—metáfora que ronda un subtítulo de un maravilloso ensayo biográfico de Hannah Arendt sobre Walter Benjamin—al que las singularidades

<sup>1</sup> Diego Tatián, *Contra Córdoba, historias mínimas*, Córdoba, 2016, Caballo negro editora, p 13

evanescentes de rebeliones sin destino en una ciudad con un conservadurismo vuelto naturaleza, se le revelarían.

Esas perlas son en principio seis historias a contrapelo: la del origen de la Academia Nacional de Ciencias, la de la primera tesis doctoral de la universidad cuyo tema será la igualdad civil de *bijos adulterinos, incestuosos y sacrilegos*, y su autor Ramón J. Cárcano; tesis obviamente rechazada en su primera instancia. La historia de la revista *Clarín* en la que participaron Brendan Caraffa, Carlos Astrada, Saúl Taborda, Juan Filloy, entre otros jóvenes intelectuales del comienzo de siglo en Córdoba; el destino maldito de la obra y de la persona de Raúl Barón Biza; la librería y editorial Nagelkop, de Bernardo Nagelkop, espacio en el que cobra vida la revista *Pasado y Presente*, emblema de la nueva izquierda; el gobierno revolucionario y breve de Ricardo Obregón Cano y Atilio López, derrocado por el *navarrazo*. Entre esas seis historias mínimas se inscriben tantas otras: la de Dalmacio Vélez Sarsfield ocupado en traducir la *Eneida*, la del libro “más impresionante en la historia de Córdoba”: *La medicina en Córdoba. Notas para su historia*, del médico Félix Garzón Maceda que habilita una conclusión irónica en torno a la sífilis y la alcurnia cordobesa; la del científico y reformador húngaro Georg Friedrich Nicolai, profesor de la facultad de medicina, expulsado por su vanguardismo científico en un clima contrareformista, en 1927; la ya mencionada aguafuerte dedicada a Deodoro Roca en la que pueden leerse, quizá, rastros, indicios del proyecto intelectual del propio Diego Tatián: “Pensar el mundo desde la aldea (la aldea en el mundo y el mundo en la aldea) es la pasión más íntima del universalismo—que es también en su caso un latinoamericanismo y un antiimperialismo—legado por Deodoro Roca para la construcción de una cultura menos autoclausurada y provinciana capaz de extenderse en todas las direcciones y de concebir la literatura, el arte, la política, la filosofía, el derecho y la militancia como aspectos de una singular manera de estar en el mundo e intervenir en él [...] En Córdoba, el pensamiento de Deodoro Roca está en el origen de un legado cultural y político que afirma el interés por lo que no es uno mismo como un rasgo electivo de identidad paradójica” (p 83). En otra parte, Diego adscribió a ese legado la figura y el trabajo de otro intelectual singularísimo, a contrapelo de esa Córdoba replegada sobre sí: José María Aricó, que aquí también tiene su memoria bajo un sugestivo título borgeano: “El hacedor”, en contigüidad con el sentido retrato de Oscar del Barco quizás, el más alto pensador que haya dado Córdoba. La aproximación al intelectualismo revolucionario de Agustín Tosco a partir del Rancière de *La noche de los proletarios*, gramática que permite a Tatián leer “la convicción emancipatoria de Agustín Tosco como heredera involuntaria de esa experiencia obrera, a distancia de cualquier tradición antiintelectualista” (p97-98), interpela las habituales tipificaciones sociológicas sobre el *habitus* de la clase obrera, frecuentes aún hoy en el mismo pensamiento social de izquierdas. “Vanguardias” llevan por título las dos breves hojas que, de manera abigarrada, narran filones de una historia que involucra al arte radical y la música experimental, al sindicalismo combativo, a los estudiantes universitarios y la memoria de Santiago Pampillón; todo en el lapso de un mes del año 1966: “Encrucijada de la tragedia y la fiesta que el humo de las calles, el escándalo divertido de los *happenings*, los raros sonidos antimelódicos y la rupturas visuales que tanto interesaban a la Kaiser Corporation no permitieron comprender hasta cuando ya fue demasiado tarde”<sup>2</sup>, concluye.

La mención de *Espectros de Marx* de Jacques Derrida en el *Post Scriptum* no debería ser leída sólo como un indicio de esa contextualización primaria implicada en toda lectura que es la determinación del tipo textual. La referencia a la *hauntology* derrideana no sólo motiva el género, el *architexto* de este libro lleno de tesoros rescatados por un trabajo minucioso que, a la vez, es la labor de alguien que se *demora* en lugares, en rincones de la ciudad, en cartografías azarosas, en páginas olvidadas, en un nombre, en afinidades involuntarias, en una conversación, para dar forma a un tipo de *herencia*. Lejos de cualquier artificio que pretenda instituir una nueva generación intelectual bajo la marquesina de la novedad, *Contra Córdoba* permite leer los pertrechos y prácticas desplegadas por un filósofo argentino contemporáneo para apropiarse de la impropiedad de un legado. Los nombres que jalonan este libro, desde Deodoro Roca hasta Oscar del Barco y José M. Aricó, pasando por Agustín Tosco, Ricardo Obregón Cano y tantos otros, configuran una constelación que, de alguna manera dibuja los contornos porosos y difusos de una utopía político cultural que, de manera insospechada es muy latinoamericana en el pudor de no pretenderse latinoamericanista. Lo es por su forma de tratar con aquello que Derrida denomina el deber de reafirmar eligiendo—mantener vivo—un pasado que se sabe, en el fondo, *inapropiable* y por aquello que Arturo Roig denomina la constitución de un *nosotros por el legado*. Rastros de esta gramática podrían hallarse

<sup>2</sup> Diego Tatián, *Contra Córdoba...* ed.cit, p 114.

en el *Manifiesto antropófago* de Oswald de Andrade, en el mismo *Manifiesto Liminar* de la Reforma, en la labor de traducción y re contextualización del propio Aricó, por caso, en su voluntad de reinención de los alcances del nombre *democracia*, en los años 80. Huellas e indicios de una utopía político cultural que, sin embargo, no remite a un futuro improbable de condiciones objetivas más benévolas para su instauración, sino que se afirma por su declaración militante en el presente.

Diego Tatián desplegó esa poética del saber político en un ajustadísimo ensayo sobre la igualdad en un libro que guarda muchas zonas de proximidad con *Contra Córdoba*. En ese registro de la imaginación política, el nombre democracia remite a “la decisión común de mantener abierta la pregunta por lo que los hombres y mujeres pueden ser y hacer [...] democracia es una forma de sociedad que activa las declaraciones de igualdad y, un régimen político que concreta esas declaraciones en instituciones sensibles a la novedad humana”<sup>3</sup>. Un *comunismo de los singulares*, dice allí Diego, citando a Sartre. *Contra Córdoba* puede ser leído como un resplandor de honda historicidad, en el que una constelación de singularidades agota sus días en el despliegue generoso de una irónica *ontología de la adversidad* que pugna contra una desigualdad hecha linaje, contubernio de familias patricias, santa alianza y golpes al poder popular. Porque como concluye el autor en aquel ensayo de *Lo impropio*: “La igualdad permite que haya otros. La igualdad es el reino de los raros”<sup>4</sup>.

Recibido 18/12/2015

Aceptado 03/03/2015

---

<sup>3</sup> Diego Tatián, *Lo impropio*, Buenos Aires, 2012, Ed. Excursiones, p 8.

<sup>4</sup> *Ibid*, p 11.